

dos: es que se inaugura la edad de la Eucaristía. ¡ Ah! Pedid al Santísimo Sacramento la propagación del reino de Jesucristo; rogadle que se forme servidores y apóstoles para su reino de amor, á fin de que pronto sea conocido, amado y servido de todos. *Adveniat regnum tuum!*



EL AMOR

PRINCIPIO DEL COMBATE ESPIRITUAL

QUÉ es necesario hacer para ser enteramente de nuestro Señor y progresar en su servicio?

Responderé con una palabra: hay que combatir por amor en favor de Él, y con la energía de este amor, contra todo lo que se oponga á su reino y vida en nosotros.

I. El hombre encuentra dos leyes frente á él: el amor de Dios y el amor de sí mismo: estos dos amores se hacen interminable guerra, y hay que obedecer á uno de los dos; es preciso elegir entre uno ú otro: la indiferencia es imposible.

El hábito de una vida virtuosa no acaba el combate.—Somos como una balanza; mientras más nos santificamos y nos elevamos hacia Dios, más combatidos somos por el amor propio y atraídos hacia abajo.

Habéis escogido el amor de Jesucristo; pues bien, es necesario que sea vuestra ley, vuestro modelo, vuestro centro, vuestro fin. Para vivir para Él, hay que vivir de Él y por Él.

Esto pide que nos constituyamos en guerra contra el yo humano, contra el amor de sí mismo; necesitamos revestirnos de la fuerza del amor divino, más fuerte que la nuestra, contra nosotros, contra todo; si bien hay que saber regular y dirigir esta fuerza, es preciso combatir con valor y adiestrarse en emplear los mejores medios.

¿Cómo tendremos la fuerza? Por Jesucristo: *Omnia possum in eo qui me confortat.*

Esta fuerza ha de ser continua, de todos los instantes, nunca en reposo; jamás se mata al hombre viejo; cabe encadenarle y detenerle en una ú otra de sus concupiscencias, pero reaparece en las otras; siempre hay que volver á comenzar, se requiere de continuo una vigilancia nueva.— Los que no arrancan de este principio son ya vencidos por una falsa paz.

La fuerza consiste en el amor de Dios: *fortis ut mors dilectio*; es menester amar á Jesucristo soberana, universal y absolutamente, sin colocar nada sobre Él ni en la misma línea. Esto reclama un sacrificio total de nuestro amor propio, que dice siempre: «¡Yo! ¡Para mí!»— Por nuestra parte, podemos decir: «¡Nuestro Señor! ¿qué quiere nuestro Señor? ¿Qué no quiere?» Conocido esto, debe bastarnos para obrar; su voluntad, su gloria, su gusto: ahí tenéis nuestra ley, nuestra consigna; y cuando se observa bien, la consigna asegura la victoria.

II. El primer combate que hay que sostener por la fuerza del amor de Jesucristo, es en el espíritu; querer ó no querer, determinarse interiormente, colocar uno su alma en la desafección ó en la adhesión, todo procede de allí; el combate en la acción es sólo secundario, y depende del resultado de ese primer com-

bate interior. Dios es espíritu, y nuestra alma, hecha á su imagen, es en nosotros lo principal, el principio motor y soberano; así es que sus actos son los más importantes y los que son premiados ó castigados, porque las buenas obras á que no corresponde una intención pura, son nulas delante de Dios. Lo que Él pide especialmente es el don y la sumisión de nuestra alma á su ley, y por esta razón el demonio se dirige constantemente á la voluntad interior, intentando cegarla y debilitarla cuando no puede corromperla por completo.

Sobre todo, el orgullo y los siete pecados capitales son espirituales, y si no los rechazamos en nuestro espíritu, somos perdidos, porque el espíritu es quien dirige la vida y es punto de partida de sus hechos.

Así, pues, vigilad sobre vuestros pensamientos y la imaginación que los prepara; pero especialmente sobre vuestros pensamientos, aun aquellos que, teniendo un objeto loable, os dejan, sin embargo, no sé qué mal definida inquietud.— ¡Velad! Porque en los combates de espíritu, en que la sola morosidad, la mera detención voluntaria es una derrota, pronto es uno cogido: basta un instante para ser vencido, igual que para vencer.

Sabed, pues, decir sí ó no; nada de examen ni vacilación; no seáis de esos ánimos lentos, nebulosos, cenagosos, que quieren ver hasta dónde irán sus malos pensamientos; que quieren analizar el mal y no pararse sino donde es grave, y que sólo se despiertan cuando ya están heridos. Las almas delicadas sienten el mal á la primera mirada, y eso es lo conveniente; porque cuando un pensamiento consigue andar por vuestra mente, ya estáis vencidos.— Quiérese saber lo que será; de buena gana se le sabo-

rearía un poco. ¿El mal completo? ¡Oh, eso de ninguna manera! Mas si llegar hasta el último límite próximo á él; algo parecido al estado de una persona que no quisiera deshonrarse, pero que se dejara lisonjear y quisiera saborear hasta qué punto la aman, pues con eso ya está perdida.

Con semiconsentimientos y medias miradas jugamos con el mal: ¿por qué asombrarnos entonces de que siempre nuestra conciencia se encuentre turbada? Por lo tanto, fijad bien en vuestra memoria que los pecados más frecuentes son los de la mente, de imaginación, de orgullo, de vanidad, de impaciencia ó de sensualidad interior, pues casi no tenemos ocasión de pecar materialmente, aparte de que hasta ese extremo no querríamos llegar.

Si nuestras adoraciones están tan mal hechas y nada experimentamos en ellas, es porque nuestra pobre mente se halla abrumada de todos los pensamientos naturales, humanos, frívolos ó malignos que le dejamos tener habitualmente; no tiene fuerza ni valor para mirar al cielo.

III. El segundo combate es el del corazón.—El corazón es una facultad ciega que fácilmente se adhiere á cuanto le dejan tocar.

Atráele el bien dondequiera que lo mira, y está muy diligente para ligarse á las almas en quienes halla piedad, especialmente si esa piedad es penetrante y de índole expansiva.

Es peligrosísimo conversar hasta con ángeles humanos, pues tienen todo lo que se necesita para atraer nuestro corazón: igual amor, igual piedad, idéntico fondo de bien que naturalísimamente produce simpatía. De ello se vale el demonio para conducirnos desde el alma á los sentidos, desde las

cosas de Dios á las cosas del hombre: el agua y la tierra son dos elementos purísimos, pero mezclados forman el fango.

Porque uno es bueno y ha hecho el sacrificio de su corazón á Jesús sacramentado, ó por lo menos está persuadido de ello, no piensa en el peligro y hace que sus buenas intenciones acallen los temores de la prudencia. En la tristeza especialmente, en las penas interiores ú otras procúranse las palabras agradables y los consuelos de aquellas personas, y gusta ser realizado y escuchar que uno es bueno y celoso, que tiene virtud y alcanza resultados; tiénese complacencia en acoger el reconocimiento de ellas por el bien que en realidad se les haya podido hacer: en eso estriba el peligro.

Habitado el corazón á arder en el amor de Dios, cuando deja de sentirle, ya no puede soportar su privación; hay que buscarle expansión á ese corazón acostumbrado á tenerla y que, cerrado el seno de Dios, dilátase por el de la criatura, y todo esto muy santamente, sin la más leve intención mala, hasta sin desearlo muy claramente ó al menos sin querer confesárselo. ¡Oh con cuánta frecuencia ocurre esto! ¡Con cuánta facilidad se pasa desde Dios á la criatura, y del amor sobrenatural al amor natural!

Por consiguiente, hay que resistirse enérgicamente á esas inclinación y simpatías naturales del corazón. Tomadle en vuestras manos, encerradle, y que nadie lo ocupe naturalmente, lo mismo que á vuestro pensamiento.

Dádselo entero á Dios, y solo á El, sin dejar que nadie éntre ni por un momento; pues si no tendréis encima el trueno y las tempestades y os veréis en peligro de zozobrar.

Dios os pide el corazón, y lo pide en absoluto; si le rechazáis, todo lo rechazáis, ya no puede haber unión entre Dios y vosotros. Toda nuestra personalidad reside en el corazón, cuyas son nuestras alegrías, penas y afecciones: Dios las quiere todas ó ninguna. Cuando se trata del amor final, no hay nada que repartir con el prójimo: Dios quiere todo nuestro corazón y no consiente en dividirlo con nadie, pues verdaderamente no es tan grande; con que dádselo todo entero. Si lo repartís, tened entendido que siempre la criatura tendrá más parte en él que el Criador.

Tampoco debéis amar á nadie con amor que sea para él, ni á persona alguna debéis hacer un obsequio cuyo fin sea ella misma; ninguno de vuestros afectos y simpatías puede en adelante darse á la criatura y descansar en ella, so pena de que no seáis enteramente de nuestro Señor; entonces no seríais en religión sino un pagano, pues pagano es el que adora á la criatura.

¿Pues no habré de amar á mi prójimo?—Sobrenaturalmente sí; con amor que no se detenga en él, sino que por él vaya á Dios, no hay inconveniente; pero con amor final, que se dé, no en modo alguno; al prójimo daréis los actos y los frutos de la caridad, pero el corazón, el árbol que los produce, quiere nuestro Señor poseerlo, solo. Podéis ser hijos todavía y dar á vuestros padres y amigos las llamas; pero el foco sólo á Dios.

Y observad hasta qué punto llega esto.—Si alguno os ama naturalmente á causa de vuestras cualidades, debéis decirle: «¿No os conozco! Os engaños aficionándoos á mí; yo no existo naturalmente, he dado mi personalidad y mi corazón á Jesucristo,

único que vive en mí: ¿pretenderíais que me volviese hombre otra vez? ¡Jamás!—Yo no quiero ser yo por más tiempo, y este yo es lo que amáis; no quiero que me traten como á quien á si se pertenece y puede dar y recibir. En mí no busquéis más que á Jesucristo, porque á El he escogido por dueño de cuanto tengo y soy; por manera que yo no soy más que un miembro, cuya cabeza es solo El; un servidor sin nombre ni vida independiente y que nada puede recibir sino para su Señor; así es que no quiero ser amado ni estimado personalmente, ni quiero ser el fin de cosa alguna.»

No olvidéis esto, porque os perseguirán la estima, la admiración y el amor de las almas puras, de los ángeles de la tierra, á causa de vuestra sublime vocación y de vuestro glorioso ministerio cerca del Santísimo Sacramento. Cuando menos, querrán veros, esperando obtener de su proximidad á vosotros gran provecho para ellas; procurarán hablaros y oírlos y recogerán con emoción vuestras más leves palabras; mas si os prestáis á esto, seríais infieles á vuestro Señor, cuyo puesto ocuparíais.

Vosotros, adoradores y servidores de Jesucristo anonadado, tomáis su gloria, la gloria y el amor que aguardaba por los favores tan magníficos que os concediera, y os coronáis con ellos. ¿Recibís los homenajes á que Él únicamente tenía derecho? Sois entonces ladrones del santuario y profanáis la dignidad de la vocación eucarística y religiosa. Queréis ser dioses, y os servís de nuestro Señor para elevaros á costa suya. ¡Desgraciados de vosotros!

Si no comprendéis todo lo que quiero deciros, lo experimentaréis cuando consigáis éxitos en el bien; pero mirad si no es que ya se os busca y se anda

demasiado á vuestro alrededor. Cuidad de no dejaros poner como Dagón en lugar del Arca, pues como el idolo seriais despedazados por la ira del Señor.

IV. Todavía queda el combate de la voluntad práctica, de la voluntad que obra.

Hay que mortificar esa voluntad del hombre viejo, que siempre intenta sublevarse: aplastadlo. Continuamente dice: «Ya basta;» ó bien: «después.»—Tomadme esa voluntad é inmoladla sin descanso y sin compasión: lo contrario de lo que quiera, eso debéis hacer constantemente. Aquí es donde tiene que aborrecer su alma el que quiera poseerla, y ha de perderla el que la haya de ganar: esta es la inmolación de todo el hombre.

Se requiere para esto una voluntad sobrenatural, llena de la fuerza de la gracia, abrasada del amor de nuestro Señor; se requiere fuerza divina, amar á nuestro Señor más que á sí mismo y que á todo: si no es así, nunca llegaréis al término deseado.

No es posible que uno encuentre en sí un amor superior á sí mismo, pues es contra la razón el que un efecto sea más poderoso que su causa; busquemos, pues, un amor que llegue hasta nosotros desde arriba, desde Jesucristo, porque sólo El puede armarnos para combatir contra nosotros mismos.

Este triple combate de uno mismo contra su mente, su corazón y su voluntad naturales debe durar tanto como nuestra vida, tanto como nosotros; sí, porque en él moriremos. Duro es esto, pero se logra con el amor de nuestro Señor; no hay más sino que debe comenzarse descargando un gran golpe: el de la agonía, que también lo es de la victoria. Si lo dáis, seréis felices, porque desde el instante en que vosotros mismos os perdiereis, encontraréis á Dios.



EL ESPIRITU DE PENITENCIA

DURUS est hic sermo; et quis potest eum audire? «Muy dura es esta palabra: ¿quién podrá soportarla?»—Esto decían los fariseos cuando nuestro Señor propuso el misterio de la Eucaristía, que pedía que aquéllos sometiesen sus repugnancias de judíos á la fe de Jesucristo.

Acaso también decís: Si la condición de la vida religiosa es la continua mortificación, es harto dura.

Cierto, es muy dura; por eso muy pocos perseveran y llegan á Santos. Mortificanse muchos durante algún tiempo mientras las pasiones son temibles todavía, pero cesan cuando consiguen la paz; y no de otra cosa proviene que haya tantas virtudes comunes y que casi no se exceda del nivel vulgar.—A eso conduce la pereza. Velad, pues, aunque ahora os sentís llenos de ardor; el retiro no será suficiente para formar un hábito en vosotros, y volveréis á caer adonde estabais antes.

I. ¿Cómo conjurar este peligro?—Pidiendo á Dios el espíritu de penitencia, sin el que nada haréis duradero, volveréis á caer en la tibieza y seréis después del retiro más desgraciados que antes, porque

tendréis que inculparos por haber dejado perder tantas gracias.

¿Qué es el espíritu de penitencia?—Es la voluntad constante de mortificarse en todo, tan luego como se presente la ocasión, y de buscarla cuando tarde en venir.

Hace falta tiempo para la mortificación corporal, pero no para el espíritu de mortificación. Tendrá lugar la mortificación corporal en las tentaciones, en los peligros de seducción, cuando se trate de expiar una falta ó cuando se entregue uno á un vehemente deseo de agradar á Dios; mas el espíritu de penitencia cabe tenerlo en todo, llevarlo y aplicarlo á todo, porque es una voluntad que todo lo abarca y de esto se origina la excelencia de la mortificación.

Pedidlo á Dios con instancia: ejercitaos en él en vuestras adoraciones y comuniones; pedidlo constantemente; haceos de él una voluntad general que abrace toda vuestra vida y que sea como el sello de todas vuestras resoluciones, y una voluntad particular con que os fijéis en ciertos actos del día, en los cuales haréis especialmente aplicación de aquél; no temáis efectuar penitencias corporales para conseguir dicho espíritu, que convertiría toda vuestra vida en holocausto ofrecido á la gloria de Dios, como la vida misma de nuestro Señor.

Para practicarlo, ofreced á Dios cuantos sufrimientos y contrariedades os envíe; sed fieles á las privaciones corporales recomendadas por los Santos, y que vienen á ser parte integrante de la santidad: en el refectorio, en el dormitorio, en la oración y en el trabajo, así como en lo oculto de vuestra celda.

Mas no habrá ramillete de flores como el que por amor os acostumbréis á formar para nuestro Señor

con el sacrificio de vuestros goces legítimos y hasta espirituales; pues en eso consiste la verdadera mortificación de amor, el más acabado espíritu de penitencia.

Porque dos maneras hay de honrar á nuestro Señor por la penitencia: una se inspira en el amor negativo, la otra procede del amor positivo. Por la primera se precave el mal ó se le corrige; es necesaria pero no nos obliga á cumplir más que el estricto deber de justicia cristiana. Para practicar de este modo la penitencia, basta tener conciencia y reconocerse pecador; esta es la reparación rigurosa; no tener bastante amor para mortificarse de esta suerte, fuera cosa miserable por demás.

Pero la penitencia que procede del amor positivo es la que os aconsejo y deseo, porque es la más noble y no se contenta con pagar sus deudas, sino que también da de lo suyo. El que está animado de este amor no se mortifica para evitar el infierno, sino para agradar á Dios, y se priva de lo que pudiera lograr legítimamente: es el sacrificio del amor filial, que á todo se aplica y en todo encuentra materia donde recoger una privación que ofrecer en seguida al muy Amado.

Por esta mortificación de amor no se constituye uno á sí mismo en fin de nada; se refieren á Dios todas las alabanzas, aunque sean merecidas, pues no se requieren para sí. No es ésta la falsa humildad mundana que parece rechazar todos los elogios que le prodigan, y que en realidad no los rechaza sino para obligar á que se los ofrezcan con más viva instancia. — No; en ciertos casos es necesario saber aceptar el elogio y callarse: en esto tiene la humildad un gran sacrificio.

De igual modo pudierais pedir sin demora permiso para una cosa que os agrada, y conseguirlo, pero lo diferís para mortificar vuestra voluntad, tan deseosa de su bien: en eso tenéis una mortificación de amor.

Más todavía; os halláis en la adoración y sentís gran alegría, y aunque en verdad pudierais gozar de ella, preferís sacrificarla á nuestro Señor y os ponéis á meditar en su Pasión. Y en verdad que nada podéis ofrecerle que más grato le sea; porque ¿hay algo más dulce y legítimo que las alegrías espirituales de la oración?

Otras veces, por el contrario, os halláis en aridez, y después que habéis hecho cuanto estaba en vuestra mano para alejar las causas que por culpa vuestra pudieran habérsela promovido, continúa, sin embargo, y os motiva un sufrimiento; y aunque pudierais tomar un libro para salir de ella y distraer vuestro ánimo de ese peso que le abrumba, preferís, no obstante, por nuestro Señor, aceptar con resignación aquella pena. ¡Oh qué contento para nuestro Señor y también para vosotros en el fondo de vuestra alma, aunque quizá no lo sintáis!

Como tengáis el espíritu de esta mortificación de amor, no os inquietéis por no tener las demás virtudes, pues en ésta las practicáis todas, supuesto que es la perfección en acción, que por doquiera os sigue. Y á vosotros mismos inmola en todo al más completo agrado de Jesús en la Eucaristía.

El que se mortifica por justicia obtiene la paz; el que añade la mortificación del amor, consigue la alegría y la expansión de la felicidad. Nadie es más feliz ni jubiloso que los religiosos más mortificados. Esta mortificación es una señal cierta del amor, del

verdadero amor de Dios, que ama á Dios sobre todo y por Él mismo. La mortificación de simple penitencia de justicia no prueba que el que la ejercita ame á Dios más que á sí mismo, pues por lo menos puede amarse en ella á sí propio; no llega á lo interior, contentase con lo rigurosamente necesario, y se puede ser á la vez muy obediente á todo lo que está mandado, y muy desobediente en lo interior.

La mortificación de amor inmola lo interior, va recta á Dios, no se sacrifica sino por agradarle y por vindicar sus derechos en ella misma; por amor y gloria de Él ejecuta contra sí misma la obra de la justicia, y es su propio purgatorio; y sin esperar que se le imponga el castigo, sale á su encuentro. Únicamente á Dios quiere por sí mismo, y jamás le pide nada para sí, como no sea amarle de continuo más y más.

¡Ah qué medio de acercarse á Dios! Tiénese constantemente en la mano el fuego del amor para destruir y consumir cuanto en uno se opone á la vida de Dios y á su agrado; ocúltase uno para fomentarlo, y hacer que se muestre más: conviértese en único fin, al que todo se sacrifica. — Tesoro es éste que tenéis en vuestras manos: acertad á aprovecharos bien de él. Estudiad esa mortificación, profundizad en ella, y llegue á ser frecuente materia de vuestros exámenes.

Desde por la mañana preved las mortificaciones del día, y por la noche dad gracias á Dios si las pusisteis por obra, ó pedidle perdón por la excesiva indolencia con que obrasteis respecto á ellas; sujetadlo todo á esta medida, porque aquí se halla el verdadero secreto del adelantamiento espiritual.

Si no creéis lo que os digo acerca de su virtud maravillosa, experimentadlo por algún tiempo si-

quiera, y cuando lo hayáis gustado, ¡ah! yo os aseguro que ya no querréis separaros de ella más. Pero en este punto hay que llegar al convencimiento y al entusiasmo, porque para hacer bien una cosa y lograr la perfecta posesión de una virtud, se necesita empezar por estimarla, para luego admirarla y amarla con pasión. La voluntad y el cuerpo harán con facilidad lo que la mente juzga bueno y desea el corazón.

Tened, pues, el espíritu de penitencia; mortificaos en todo y dondequiera, en el cuerpo y en el alma, en la mente y en el corazón, por amor á nuestro Señor Jesucristo. ¡Ah! ¡Cuánto quisiera yo que estas palabras fuesen de fuego y grabarlas con hierro candente en vuestro corazón! En esto no miréis la fatiga, sino la unción: la cruz, más que suplicio, es un consuelo: ¡así lo entendieron los Santos, y por eso la abrazaron con tanto amor y alegría!



LA MORTIFICACION DE LOS SENTIDOS

HEMOS dicho que era menester entregar por completo á Dios la mente; que los más peligrosos combates se libraban en ésta, y que en su pereza é indeterminación en decidirse por Dios y rechazar el mal tenía su origen la tibieza de la vida, y también hemos dicho que era preciso repeler inmediatamente, sin vacilación, los pensamientos que aun sólo exteriormente fuesen malos.

Hemos dicho que era menester dar nuestro corazón á Dios, que lo exige para sí absolutamente y que se requería, para que el don de nuestro corazón fuese continuo, la continua voluntad de ofrecernos con un amor de generosidad y sacrificio. Este amor es el espíritu de penitencia, la mortificación de amor, el verdadero camino de la santidad; sin él, todo lo demás es pasatiempo, senderos más ó menos floridos donde recrearse, y todos los otros medios juegos de niños al servicio de Dios.

No se trata de eso, sino que hay que tener seriedad. ¡Librenos Dios de las personas frívolas! De ellas nada puede hacerse, pues la frivolidad es como